

CARACTERES MORALES DE LA DESCONFIANZA

—Es, en efecto, la desconfianza "sospecha de la injusticia de todos los demás". El "desconfiado" es tal: viviendo varias décadas oyendo los mismos discursos y promesas de sus gobernantes, atribúyese el derecho a pensar que los años venideros serán igualmente vacíos en obras y ricos en palabras. Oye hablar del justo aumento del salario mínimo y opina arbitrariamente que los precios crecieron tanto que tal aumento es pura fantasía. Celebra con burlas y chanzas la noticia de la proximidad de las asociaciones y partidos; y ordena a sus herederos cumplan su voluntad de comunicárselo en su tumba cuando tales hechos se produzcan. Desprecia las razones que dan los censores de cuentas para realizar sus necesarias y bendecidísimas labores. Acércase a los especuladores y oyendo sus llantos, pregunta: "¿Cuál es, cómo se ha producido, que teméis de vuestro —imagino por vuestro llanto— infortunio?". Contestan los especuladores que lloran por su próxima ruina, pues en las últimas operaciones sólo han ganado un 82 por 100 de lo previsto. Ríese el desconfiado de ellos y de su dolor y les ofende con sus burlas y pederretas. Quienes practican la desconfianza ofenden a los dioses y acaban como quienes dan causas para sospecharla y así dedican su vida a prevenir males futuros ignorantes de que morirán víctimas de su propio utilitarismo o sepultados por los techos del piso mal construido que compraron en cómodos plazos, confiando por vez primera en quienes debieron desconfiar toda su vida.

TEOFRASTO GARCIA DE LA O.



EL TEATRO DEL ABSURDO

La escena representa una ambivalencia en buen estado. A la derecha, notoriamente excitados, un grupo de ansiosos borda una mantelería. A la izquierda, un adolescente se rasca el muslo «ipso jure». Entra la madre. Lleva una biblia en una bandeja que coloca suavemente sobre una mesa baja. La sirena de una ambulancia se acerca al ritmo de rock. Un silencio. Por la ventana es arrojado al interior del espacio escénico el cuerpo descuartizado de una mujer joven. El ruido de la sirena se aleja. Silencio de nuevo. El adolescente se acerca al trozo de cuerpo y lo cubre con una manta. Luego se oculta en ella. Durante toda la escena veremos movimientos inquietantes debajo de la manta. Y risas y suspiros y voces entrecortadas. De improviso, con gran estruendo, entra el imperio americano dando grandes saltos. Los ansiosos huyen, dejándose las nalgas pegadas a la silla. Las nalgas jadean e intentan huir, pero no pueden. Entra de nuevo la madre. Trae una bandeja con algunos vasos, botellas, pedazos de pan, etcétera, etcétera. Los coloca en la mesa y dice: «La mesa está servida». Se apaga la luz y el horroroso grito de un niño martirizado coincide con el descenso del telón por el que resbala mansamente la sangre del niño.

La gente aplaude y sale lentamente. Una mujer joven, abundante en carnes y joyas, va diciendo a su marido:

—Sí y no. Yo creo que ella le quería, pero era incapaz de comprenderle. Y él era un egoísta. ¿Por qué no le dijo la verdad cuando ella creyó que estaba con su amante?

El marido, medio dormido, responde mansamente:

—Mira, Katy, yo creo que no has comprendido el sentido de la obra...

Y los dos se pierden camino del aparcamiento donde han dejado su coche, confundidos con la muchedumbre que hace lo mismo.

GENOVEVO DE LA O

¡NO TIRE USTED SUS ESPUTOS!

No, no tire usted sus esputos. Aunque sufra, abandone esa castiza costumbre española. Debidamente enmarcados pueden decorar su sala de estar y pueden serle útiles el día de mañana cuando viejo y solo, no tenga a nadie a su lado que pueda regalarle esos esputos tan necesarios a los ancianos generalmente faltos de cariño.

